

PANORAMICA DE HISPANOAMERICA:
EL ESCENARIO DE UNA SEGUNDA GUERRA DE INDEPENDENCIA

Aquellos *traveler's checks* (cheques del viajero) de que se esperaba estuviesen bien llenas las maletas que se habían preparado para el viaje que hizo a San José de Costa Rica, hace un par de meses, el presidente de los Estados Unidos, no se han visto todavía por ninguna parte. La explicación oficial que se dió, que dió el propio Mr. Kennedy, ya de regreso en su país, fue que no se podía realmente hablar de dinero con alguna precisión cuando los proyectos en que podía ser invertido no habían sido aprobados. Es más, no estaban ni siquiera terminados.

Pero si no había dinero todavía, podría haber, cuando menos, la promesa firme de que se contaría con él. Estaba llegando la hora, caso de no haber llegado ya, de hacer algo más concreto de lo hecho hasta entonces, por dotar, no ya a la América Central, que parecía ser el tema esencial de aquella conferencia de los presidentes de las repúblicas centroamericanas con su colega norteamericano, sino a todo el mundo hispanoamericano, de los medios indispensables para salir de la situación en que se encontraba. Después de todo, esa era la gran promesa de la Alianza para el Progreso.

Cuando, al fin, se celebró la Conferencia de Punta del Este, dominada, como viene sucediendo con frecuencia alarmante por Hispanoamérica, por algo distinto a lo que había parecido ser la razón principal de su convocatoria, se estableció un balance general de la ayuda aportada por los Estados Unidos al resto del mundo.

La ayuda económica norteamericana desde el final de la segunda guerra mundial había sido, hasta entonces:

- A la Europa occidental, 24.800 millones de dólares;
- al Lejano Oriente, 11.400 millones;
- al Oriente Medio, sur y sudeste de Asia, 8.100 millones;
- a la América hispana, 2.800 millones de dólares.

Ante un panorama así se explicaba la esperanza con que se había recibido la promesa del presidente de los Estados Unidos de realizar, a través de esa Alianza para el Progreso, «un vasto esfuerzo, sin precedentes por su amplitud y la nobleza de sus objetivos, para la satisfacción de las necesidades fundamentales de los pueblos latinoamericanos en los dominios de la vivienda, el trabajo y la tierra, de la salud y de las escuelas».

Este era el programa iniciado, en forma que no se podría decir que era especialmente estimulador, puesto que para entonces se había interpuesto ya otra cuestión de especial gravedad: el fidelismo, contra el cual se sentía la necesidad—la sentían los Estados Unidos, sobre todo—de adoptar medidas especialmente duras y eficaces. Todo parecía, de momento al menos, quedar condicionado a lo que se hiciese o se pudiese hacer como demostración del espíritu de comprensión y solidaridad de las repúblicas hispanoamericanas con la situación, tan dramática, en que el fidelismo había colocado a los Estados Unidos.

La marcha de los acontecimientos, desde entonces, apenas ha permitido hacer nada práctico y eficaz por colocar a Hispanoamérica en un plano algo menos desfavorable del que venía ocupando en relación con la ayuda norteamericana al exterior. A pesar de que casi todo lo que se hacía que fuese capaz de ser considerado como ayuda se acreditaba en la cuenta de la Alianza para el Progreso, lo cierto es que era demasiado poco lo que se estaba haciendo. Apenas, en total, se había pasado de los 1.500 millones de dólares en el primer año y medio, lo que no sólo acusaba un ritmo demasiado lento en relación con la promesa de un promedio de 2.000 millones de dólares anuales durante diez años, incluídas todas las ayudas y aportaciones de los Estados Unidos, de otros países y del sector privado. Es más, de fuera de los Estados Unidos apenas llegaba nada. Y en cuanto al sector privado norteamericano, durante 1962 había habido un pequeño déficit. Aun cuando se había hecho alguna inversión, el capital que se había retirado durante ese año había subido a más que el que se había invertido nuevamente.

Emigración del capital.

Las inversiones directas hechas por empresas norteamericanas en el extranjero habían subido en 1962 a un total de 1.250 millones de dólares, bastante menos que en 1961, cuando habían llegado a 1.700 millones, y que en 1960, cuando fueron de 1.500 millones de dólares. Y la contracción se

debió fundamentalmente a la reducción o la eliminación total de las inversiones hechas en el Canadá y en las repúblicas de Hispanoamérica. El capital privado norteamericano había llegado a la conclusión, provisional o permanente, pero de momento muy real y efectiva, de que el campo hispanoamericano había dejado de interesarle.

Esta impresión, en evidencia por todas partes, tenía aspectos más desalentadores todavía. Durante estos últimos tiempos ha habido una fuerte emigración de capital privado hispanoamericano hacia el exterior, hacia Suiza y los Estados Unidos en particular. Con frecuencia, el producto de una ayuda o su equivalencia acababa, sin que pasase mucho tiempo, encontrándose buscando inversión o refugio en valores y cajas de seguridad en Bancos de Suiza y los Estados Unidos.

Los esfuerzos realizados hasta ahora por contener esta tendencia han dado escasos resultados. Por eso, las perspectivas en el campo económico son poco favorables. Como decía un corresponsal inglés en el momento de inaugurarse la Conferencia de San José de Costa Rica, «la necesidad de ayuda es innegable». Los seis pequeños países centroamericanos sufren en realidad de los mismos males:

— Ofrecen al mundo café y plátanos, pero el mundo está harto de ambas cosas.

— La caída en la demanda mundial de sus productos y el alza en el costo de las mercancías industriales, que se ven obligados a importar, les priva de unos ingresos que pudieran dedicar a la diversificación de sus cosechas y al desarrollo industrial.

— Tienen un índice de natalidad del 4 al 5 por 100 anual, aproximadamente el más alto del mundo fuera de China.

Pero, en un ambiente aparatoso, con grandes y amplias medidas de seguridad, en evidencia por todas partes, con barcos de guerra norteamericanos—incluidos dos portaaviones—a corta distancia, un poco más allá tan sólo del límite de las aguas jurisdiccionales costarricenses, y con los presidentes de las repúblicas vecinas, llegados el día anterior—junto con grandes delegaciones de especialistas y consejeros, presididas por los ministros de Asuntos Exteriores respectivos, como si de lo que se tratase en realidad fuese el tenerlos a todos reunidos para acudir al aeródromo a recibir y rendir homenaje al presidente de los Estados Unidos, el día siguiente—, se celebró la Conferencia para hablar de algo más que la ayuda norteamericana. En realidad, ¿para qué se celebró esa conferencia?

Porque, de hecho, ni siquiera la cuestión cubana, que es la fundamental

para los Estados Unidos en todo lo que concierne a las relaciones interamericanas desde hace algunos años, tenía interés más allá de la posible adopción de medidas radicales encaminadas a cortar por completo el tráfico humano hacia y desde Cuba. Poco antes se había hablado de lo peligroso de una situación en la que Cuba es el centro de formación y entrenamiento de saboteadores y terroristas, pero en el momento de concretar se advirtió que había dificultades serias. Empezando porque ese tráfico pasaba casi exclusivamente a través de Méjico. Y Méjico no estaba representado en la Conferencia. Si en algún momento se pensó en extenderle una invitación, quizá sería para desechar la idea al instante, en vista de la resuelta, enconada oposición del presidente de Guatemala, un país cuyas relaciones con Méjico no son nada satisfactorias.

De una conferencia a otra.

A lo más a que se podía llegar, sin duda, era a dejar la cuestión para una fecha posterior. Mientras tanto, se podía pensar en lo que sería factible. No sólo por culpa de la resistencia de Méjico a interrumpir las relaciones con Cuba—como han venido haciendo otros países hispanoamericanos, como el Brasil, Chile, Bolivia y el Uruguay—, sino porque en realidad es poco cómoda la situación en que se encuentran estas repúblicas centroamericanas, algunas de las cuales estaban empeñadas en que se adoptasen decisiones radicales contra el fidelismo. De momento, al menos, los Estados Unidos han perdido todo el interés que por esta cuestión habían tenido algún tiempo antes. Han llegado, incluso, a mostrar su descontento y hasta su mal humor ante la repetición de ataques a cargo de grupos de acción que habían contado en el pasado con una ayuda sin la cual no hubiera sido fácil disponer de lanchas rápidas para acercarse a las costas cubanas y disparar contra algún barco ruso, por ejemplo.

La situación podía ser más extraña si se pensase en la declaración que se había hecho ante una subcomisión de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos, en la que se aseguraba que 73 de las personas que habían visitado Cuba recientemente, eran norteamericanos que habían pasado por Méjico. ¿Por qué, se ha llegado a preguntar, no hacen algo los Estados Unidos al actuar directamente, en vez de presionar sobre los países vecinos para que adopten medidas encaminadas a cortar todos los medios y métodos capaces de permitir los viajes a Cuba y desde Cuba de quienes sólo buscan crear complicaciones y dificultades a los Gobiernos de sus países respectivos?

¿Es que los Estados Unidos no se consideran obligados a hacer en su propio país, por temor a que eso significase una restricción de la libertad o el exponerse al menos a ser agriamente criticados por ello, lo que recomiendan o piden a los demás que hagan en los suyos propios?

De la Conferencia de San José no ha salido nada más que una «Declaración» en la que se habla de libertad, de independencia, de colaboración, de programas de ayuda y desarrollo, de dar mucha amplitud incluso a tareas de sindicación, con la ayuda de cuadros, para cuya formación se puede contar con la experiencia y la aportación de las poderosas organizaciones sindicales de los Estados Unidos. Con la exposición del propósito de celebrar otra conferencia muy pronto, en cosa de un par de meses, para tomar acuerdos, sobre todo, que demuestren bien a las claras el deseo de que se interrumpa ese movimiento de los instrumentos de la agitación revolucionaria y el terrorismo hacia y desde Cuba, la gran escuela de la acción subversiva y la infiltración que la Unión Soviética ha conseguido establecer en tierras americanas.

Mientras tanto, se espera que la Organización de Estados Americanos deje de ser un instrumento de tan escasa utilidad que hasta ahora no ha podido ponerse de acuerdo sobre algo tan elemental como una línea uniforme de conducta en relación con el régimen cubano. Tampoco por este lado son prometedoras las perspectivas, sin embargo. De una parte están las dificultades que ofrece una situación económica, social y política muy grave, en algunos casos alarmante. De la otra, la resistencia a la adopción de medidas o de actitudes que pudieran ser la expresión de un deseo, pero que acaso fuese la causa de que aumentasen las resistencias y las dificultades por el interior de los países mismos donde la situación no es precisamente satisfactoria.

A merced de los Estados Unidos.

En Washington se escucharon, con cara de asombro, las declaraciones que hizo un día el embajador de Costa Rica, el país donde muy poco después iba a celebrarse la conferencia de presidentes centroamericanos con Mr. Kennedy sobre la O. E. A., en una entrevista televisada. Esta organización, declaró ese embajador, don Gonzalo Facio, no puede tomar la iniciativa contra el comunismo cubano, porque «los Estados Unidos son los únicos con poder para decidir lo que hace falta hacer y cuándo se ha de hacer.

»La Organización puede decidir sobre una acción defensiva, pero en lo

conveniente a la guerra fría, la O. E. A. no puede jugar más que un papel secundario».

Los Estados Unidos no acaban de tomar una decisión sobre Cuba o sobre muchas otras cosas, pero tampoco dejan a los demás, en el caso de que tuviesen poder para ello, en libertad de hacerlo por su propia cuenta. Pero esto no quiere decir que no les preocupen situaciones como esa de Cuba. El señor Facio advirtió que es mucho, sin duda, lo que la marcha de los acontecimientos en Cuba inquieta a los Estados Unidos. «En Costa Rica —añadió— nosotros no estamos tan preocupados por lo que pasa en Cuba.»

Después de todo, ¿qué es lo que se podría hacer, en un sentido u otro, sin los Estados Unidos? «La revolución cubana—afirmó el señor Facio en esta entrevista por la televisión norteamericana—debe ser obra de los cubanos. Yo sé bien lo que podrían hacer en el caso de recibir la ayuda necesaria.» ¿Qué clase de ayuda? De lo que dijo se desprendía claramente que debería ser una ayuda militar y financiera. ¿Y quién se la podría prestar? Hay preguntas completamente innecesarias. Porque en este caso sólo los Estados Unidos podrían hacer algo decisivo.

Pero cuando poco antes de salir para San José de Costa Rica el presidente Kennedy recibió en la Casa Blanca a una delegación de economistas de diez países hispanoamericanos, a lo más concreto a que se pudo llegar fue a la expresión de la esperanza que se quería poner en la Europa occidental, tan rica y tan próspera. Podía, ciertamente, prestar una ayuda importante a la América hispana.

Cada día es mayor la tendencia a hablar de esto. Ya lo hizo el ex presidente de Colombia, Lleras Camargo, que con el ex presidente brasileño, doctor Kubischek, encabezó un grupo de estudio sobre el estado en que se encuentra el programa de la Alianza para el Progreso y lo que se podría y debería hacer en el futuro. «Los países de la Europa occidental—comentó en ocasión reciente, poco antes de caer gravemente enfermo—saben que nuestro desarrollo ha de serles muy útil, pero continúan causando daño a nuestros intereses con objeto de proteger, con privilegios excepcionales, a los nuevos países de África y Asia, que fueron anteriormente colonias suyas.»

Pero, en definitiva, la clave está, por ahora, en lo que hagan los Estados Unidos. Y los Estados Unidos no parecen estar dispuestos a hacer mucho. Ni en esto ni en muchas otras cosas. A eso aludió la observación de un corresponsal de *The New York Times* al dirigirse al propio Mr. Kennedy: «Sus programas en Europa parecen tropezar con grandes dificultades

—empezó diciendo—. Cuba sigue siendo un problema. En el interior, el paro es elevado. Parece ser mayor la preocupación en el país por el déficit en el presupuesto que por la reducción en los impuestos. En vista de todas estas cosas, existe cierta impresión y se habla por la ciudad y en el campo de que su Gobierno parece haber perdido impulso y estar aminorando la marcha y pasando a la defensiva.» Mr. Kennedy sonrió blandamente y dijo que la vida tiene sus altos y sus bajos; que ha habido dificultades, sin duda; pero que no por eso la situación es fundamentalmente peor. Volverá a recuperar el ritmo perdido sólo momentáneamente.

El dominio de «La violencia».

Con la posible excepción del Uruguay y Méjico, podría decirse que no existe un solo país hispanoamericano cuya forma de gobierno ofrezca claras perspectivas de estabilidad. Hay algunos más donde las condiciones inmediatas apuntan de manera inconfundible hacia la continuación del régimen actual durante un cierto período de tiempo. Ese es el caso del Paraguay o de Cuba, siempre que se hagan algunas salvedades, más quizá en el caso de Cuba, donde mucho—casi todo—depende de la actitud de los Estados Unidos, que en el del Paraguay, donde parecen ser muchas las posibilidades de que el general Alfredo Stroessner agote el nuevo mandato presidencial para el cual resultó elegido el pasado febrero. Podría decirse, es más, que todo el mundo que se encuentra entre el río Bravo y la Tierra del Fuego siente y conoce las emociones, sacudidas y rumores, por lo menos, de una segunda guerra de independencia.

Es muy incierta—muy inestable, podría decirse—la situación en el Brasil, donde el año pasado se celebraron unas elecciones legislativas que dejaron las cosas más o menos como ya lo estaban, en el aspecto político de la cuestión, y a primeros de este año, un plebiscito que decidió por mayoría abrumadora el retorno a la forma presidencialista de Gobierno, que se había modificado a raíz de la sorprendente y sensacional dimisión de Janio Quadros, el 25 de agosto de 1961. Van en aumento las dificultades para el desarrollo de una vida política ordenada en Colombia, donde continúa el extraordinario y ejemplar experimento salido del Acuerdo de Sitges, entre los liberales de Lleras Camargo y los conservadores de Laureano Gómez, y del cual es característica llamativa un período de experimentación y pacificación de doce años en el que necesariamente la presidencia ha de turnarse entre liberales y conservadores, y todos los cargos públicos han de ser repartidos.

mitad por mitad entre ambos partidos. Es un experimento que ha dado buenos resultados, pero contra el cual actúan dos factores poderosos: la situación económica, desfavorable por el tremendo desequilibrio que hay entre los productos básicos de la exportación colombiana y los artículos de importación, que de una manera u otra es el gran problema de toda Hispanoamérica, y los estragos de la «La violencia», que de una lucha sangrienta y de carácter francamente político, que empezó apenas iniciado el mandato de Laureano Gómez, en 1950, y a cuya cuenta se llevan cargadas acaso no menos de 300.000 vidas humanas, acabó degenerando en una situación de puro bandidaje y venganza a mano armada, a menudo con ataques contra pequeños pueblos, caseríos y autobuses, con muchos muertos, a veces decenas en cada uno.

Tiene una clara tendencia al empeoramiento la situación en Venezuela, donde deberán celebrarse elecciones presidenciales a principios del año entrante y donde a una serie de intentos de sublevación y golpes de Estado, unas veces derechistas y otras izquierdistas, ha seguido un ambiente de acentuado malestar en el que influye mucho la escisión producida en el Partido de Acción Democrática, que con una fuerte mayoría por el interior del país llevó al actual presidente, Rómulo Betancourt, a la presidencia, en las elecciones celebradas en diciembre de 1958. Esta escisión, de la que salió el M. I. R.—Movimiento de Izquierda Revolucionaria—y la mucha mayor fuerza de la Unión Republicana Democrática—U. R. D.—, en la capital, junto con el crecimiento de la agitación comunista y fidelista, ha creado en Venezuela una situación muy difícil, acaso ya lo suficiente para esperar en la posibilidad de que se produzcan acontecimientos graves antes de las próximas elecciones. Los grupos de acción guerrillera—las pomposamente llamadas Fuerzas Armadas de Liberación Nacional—pueden no representar una amenaza de ninguna clase para el Gobierno, como el presidente Betancourt afirmó en su visita a los Estados Unidos de hace pocos meses, pero las voladuras de unos transformadores de la Creole en el lago Maracaibo, y de algunos oleoductos, han creado interrupciones momentáneas en la producción y transporte del petróleo, con los consiguientes y elevados daños materiales y un malestar creciente, que se acentuó con actos de sabotaje, como el incendio de unos inmensos almacenes de propiedad norteamericana, en Caracas, ocasionando pérdidas materiales que se hacen subir a unos 250 millones de pesetas, y entre las cuales se incluyen las sufridas por un sindicato propietario de la destruida fábrica de muebles que servía a estos almacenes.

El aprismo en alza.

La acción guerrillera venezolana se ha anotado hechos tan espectaculares como el secuestro del mercante *Anzoátegui*, durante el viaje que hacía a los Estados Unidos, y que fué desviado de su ruta para acabar en un puerto brasileño. Aquí se procedió a formalizar su devolución a la compañía propietaria, que había experimentado una pérdida de unos 2.000 dólares diarios, y a la detención puramente formularia de los secuestradores, a quienes poco después se concedió asilo político, al actuarse en este caso en forma parecida a como se había hecho anteriormente con el capitán Galvao, después de haberse apoderado del trasatlántico portugués *Santa María*, también por aguas antillanas.

Poco tranquilizadora es la situación en el Ecuador, donde la dimisión forzada del presidente Velasco Ibarra, el 8 de noviembre de 1961, interrumpió lo que parecía ser ya una tradición de estabilidad constitucional iniciada por Galo Plaza en 1948. El paso de Carlos Julio Arosemena Monroy de la vicepresidencia a la presidencia, se hizo en circunstancias poco favorables y los intentos de sublevación y ataques, a veces de una violencia verbal extremada, de que ha sido objeto, no son augurio de sosegada estabilidad constitucional, por lo menos en todo lo que queda del actual mandato presidencial, que concluye en agosto del año próximo.

Perú ha conocido días de agitación, golpes de Estado, huelgas y desórdenes, con ocupación de propiedades rurales y destrucciones de importantes establecimientos, como los de la gran compañía minera norteamericana de Cerro Pasco, y de luto nacional, a causa de grandes catástrofes, por causa de vastos corrimientos de tierra o por desbordamiento de algunos ríos. La Junta Militar de Gobierno, de 12 miembros y una dirección colegiada, formada por cuatro generales, en la que el general Ricardo Pérez Godoy venía desempeñando las funciones representativas de jefe del Estado, encontró menos dificultades, al parecer, para asegurar el mantenimiento del orden público, amenazado por las huelgas y la agitación revolucionaria, que se dijo era obra fundamentalmente del comunismo y algunos sectores del aprismo, el partido de Víctor Raúl Haya de la Torre (A. P. R. A. o Alianza para la Revolución Americana), que para dar término a la tarea que se había propuesto realizar en el momento de ponerse fin, un poco prematuramente, al mandato del anterior presidente, Manuel Prado Ugarteche.

Se había frustrado la posibilidad de que Haya de la Torre resultase elegido presidente por decisión del Congreso, en vista de la mayoría, no absoluta, que había alcanzado en las elecciones del mes de junio, y del acuerdo de su partido con el general Manuel Odria, uno de los candidatos presidenciales derrotados. Pero en el actual estado de cosas no convendría descartar la posibilidad de que sea el próximo presidente del Perú. La promesa hecha, se asegura que a causa de la mucha presión ejercida por los Estados Unidos, que habían roto pública y ostentosamente las relaciones diplomáticas y suspendido la ayuda que se venía concediendo al Perú, en virtud de la «Alianza para el Progreso», de que el régimen militar sería provisional y llegaría a su término con la toma de posesión del presidente que deberá ser elegido el 9 del próximo junio, parecía no ir precisamente por buen camino. Esa ha sido, en cualquier caso, una de las razones básicas del golpe de Estado que retiró al general Pérez Godoy de la dirección de la Junta Militar y colocó en su lugar al general Nicolás Lindley López, considerado como un gran amigo de los Estados Unidos, país que había visitado en repetidas ocasiones, y como un enemigo declarado de Haya de la Torre. Una de las primeras y más rotundas promesas del general Lindley es que las elecciones se celebrarán en la fecha prometida y que con ello volverá el Perú a la vida constitucional y democrática.

No deja de ser curiosa la situación a que se ha llegado, puesto que en circunstancias normales y después de lo sucedido a lo largo de estos meses, el triunfo de Haya de la Torre en las elecciones del 9 de junio pudiera parecer muy seguro. El golpe del pasado julio se produjo precisamente para evitar que pudiese llegar a la presidencia un dirigente político cuyo movimiento ha sido la causa de serios y prolongados desórdenes en el país, como los de 1930, que costaron la vida a muchos soldados y que acentuaron el estado de agitación y anarquía en que vivía el país y que culminó en el asesinato del general Luis M. Sánchez Cerro, presidente—esta vez constitucional—, el 30 de abril de 1933. Pero tal y como están las cosas en este momento, la salida más lógica a la situación en que se encuentra el Perú, bajo un gobierno puramente militar, sería el triunfo de Haya de la Torre. A menos, es decir, que se produzcan acontecimientos que lo hagan imposible. O que tenga un peso decisivo, por lo desfavorable, una revisión del censo electoral que ha dejado bastante reducida la lista de votantes.

Inversiones anuladas.

De estable, a su manera, es la situación en Bolivia, donde desde 1952 un presidente elegido por fuerte mayoría del M. N. R.—Movimiento Nacional Revolucionario—sucede a otro a la terminación del mandato constitucional de cuatro años. El presidente actual, Víctor Paz Estenssoro—tomó posesión del cargo el 6 de agosto de 1960, por lo que le queda menos de año y medio en el poder—, ya fue presidente otra vez, entre los años de 1952 y 1956, y goza de considerable popularidad y mucho prestigio como gobernante honrado y de buenas intenciones. Tropieza con una serie de desventajas, sin embargo: el alto grado de dependencia financiera de los Estados Unidos en que se encuentra su país, que necesita ayuda para el sostenimiento de la moneda, incluso a los niveles fantásticamente bajos a que ha caído y la posibilidad de continuar cubriendo una parte del déficit de su balanza comercial. La situación económica es alarmante, por causa del desnivel en los precios de lo que Bolivia exporta: estaño, principalmente, a los Estados Unidos sobre todo, y lo que importa, la mayor parte de los artículos manufacturados y hasta muchos de los víveres, consecuencia de la orientación de la vida hacia los terrenos altos, de suelo pobre para la agricultura, pero con grandes yacimientos de minerales, por lo que a lo largo de los años se han ido dejando prácticamente despobladas y abandonadas las tierras bajas y fértiles.

El M. N. R., partido que domina la vida política boliviana desde hace diez años, tropieza con una oposición creciente, por la extrema derecha, representada por el Movimiento Nacionalista Revolucionario Auténtico, que dirigen Walter Guevara Arce y Jorge Ríos Gamarra, y la Falange Socialista Boliviana, y por la extrema izquierda, por dos partidos comunistas, uno trotskista y otro ortodoxo. Como sucede casi por todas partes, en Bolivia va en aumento la agitación de carácter típicamente fidelista. En los últimos tiempos se han registrado serios desórdenes, a menudo con muertos y heridos, algunos de ellos dirigidos abiertamente contra los Estados Unidos y su representación diplomática en La Paz.

Preocupa hondamente a los Estados Unidos la situación en Chile y la posibilidad de que con las elecciones próximas—falta año y medio para su celebración—se produzca un fuerte aumento de la representación comunista en el Congreso, y quizá se llegue incluso a contar con un presidente en cuya victoria haya influido el apoyo comunista. El cobre es la principal fuente:

de ingresos de Chile, tanto en divisas extranjeras como en impuestos (más del 60 y del 30 por 100, respectivamente), y la participación norteamericana en las minas y refinerías de cobre es absolutamente esencial para la vida del país, tal y como se halla organizada en la actualidad. Pero es también un motivo de constante fricción, y la agitación antinorteamericana ha aumentado de una manera alarmante en los últimos años. El Partido Comunista de Chile es uno de los más importantes y más fuertemente organizados de todo el mundo hispanoamericano, donde, contra la impresión general, el comunismo ha tenido hasta ahora poca fuerza y menor representación.

Las compañías norteamericanas dedicadas a la explotación de los yacimientos de cobre chilenos han cancelado hace poco un programa de expansión por un total de 325 millones de dólares, con lo que se acentúan las condiciones de crisis, que afectan a una gran parte de esta industria, con paro, jornales bajos en relación con el costo de la vida, que va en aumento constante allí donde no es posible resistir victoriosamente las presiones inflacionistas. La razón principal que se ha dado para la suspensión de este programa es la negativa del Gobierno a comprometerse a mantener estabilizados los impuestos en los tipos actualmente en vigor durante un período de veinte años.

Esto se está convirtiendo en un motivo de apasionada agitación contra los intereses norteamericanos, por interpretarse como un intento más de imponerse al Gobierno.

La situación por toda la América Central y la región antillana está dominada en gran parte por los acontecimientos en Cuba, por las relaciones —o falta de buenas relaciones— con los Estados Unidos y por la posible influencia que estos acontecimientos tengan o puedan tener en toda la región. La influencia del fidelismo se exagera con frecuencia y sirve a menudo de pretexto para explicar un estado de cosas interno poco satisfactorio o para advertir a los Estados Unidos de la necesidad de prestar una fuerte ayuda para el desarrollo de programas que con mucha frecuencia tropiezan con grandes y a veces decisivas resistencias por parte de intereses locales y regionales, y que más de una vez son de propiedad norteamericana. En general, es mucho lo que se tema a las consecuencias de una política de carácter acusadamente social, que es lo que pide el fidelismo y lo que recomienda la «Alianza para el Progreso». Es muy importante, sin embargo, en la República Dominicana, donde trata de consolidarse, con la ayuda de los Estados Unidos, el régimen constitucional salido de las elecciones del pasado diciembre, que llevaron a la presidencia a Juan Bosch, poniendo fin así a

treinta y cinco años de vida en el exilio, dedicada principalmente a la agitación contra el régimen del desaparecido generalísimo Trujillo y la literatura. Su promesa de casa y tierra para toda familia dominicana, no se podría convertir en realidad sin el apoyo resuelto de los Estados Unidos, bien por medio de la compra a buen precio de toda la azúcar que se produce allí, o de la concesión de ayuda financiera en cantidades mayores que hasta ahora. Lo mejor sería que la ayuda consistiese en las dos cosas a la vez. Aun así, y contando como se cuenta con la facilidad inicial para el desarrollo de la reforma agraria, que supone la incautación por el Estado de las inmensas propiedades de la familia Trujillo, las perspectivas no son nada halagüeñas. Hay mucho paro, condiciones de vida miserables, tendencia rápida al alza en el costo de la vida y, en general, una sensación de desequilibrio que se presenta como campo abonado especialmente para la agitación fidelista.

Contra las colonias británicas.

Promete el presidente Bosch una política de moderación y reconstrucción de la vida nacional en un ambiente de convivencia, sin venganzas ni represiones. Ha empezado su mandato constitucional con una política de economía rigurosas que se ha traducido en cosas como una fuerte rebaja en los sueldos por encima de los 500 pesos (dólares) mensuales. El suyo propio ha bajado de 5.000 a 1.500 pesos, y el de los ministros de su Gobierno, de 2.000 a 1.000 pesos mensuales. Al mismo tiempo han quedado cesantes un buen número de funcionarios. Esto, en un país tan uequeño como la República Dominicana y en unos momentos en que las actividades económicas no son nada prometedoras, pudiera tener repercusiones desfavorables, por los efectos de una contracción inevitables, por pequeña que sea, en el índice general de las operaciones comerciales.

Otro factor de utilidad política cuestionable ha sido el carácter de manifiesta simpatía hacia los Estados Unidos, que se dio a la toma de posesión del nuevo presidente, con la presencia en el acto del vicepresidente norteamericano, y de reto al fidelismo, del que ha sido el mejor testimonio la presencia allí del presidente venezolano. No suele ser buena política la que provoca, deliberadamente o no, antagonismos por todas partes. Y todavía es demasiado pronto para que la actitud de reto adoptada frente al fidelismo, que busca identificar o asociar con él cualquier susurro de descontento, se considere suficiente para ganarse las simpatías y colaboración de

un sector de la población hasta hace poco de influencia decisiva en lo político, lo económico y lo social—el trujillista—, que apenas podrá mantener por ahora más que una actitud de recelo o, en el mejor de los casos, de prudente frialdad hacia la nueva situación.

Ofrece escasas seguridades para el futuro la situación en la República de Haití, en relaciones con los Estados Unidos de tal tirantez que han llegado casi al punto de la ruptura. Se ha interrumpido ya la ayuda gracias a la cual había sido posible en los últimos años mantener una sensación de relativo equilibrio presupuestario, y en los Estados Unidos mismos se ha empezado a organizar un movimiento de resistencia y agitación contra el régimen de François Duvalier. Haití es el país de mayor densidad de población de toda la región centroamericana y antillana; el suelo es en su mayor parte montañoso, con posibilidades agrícolas muy limitadas, y su nivel de vida es uno de los más bajos del mundo. El ambiente es explosivo. Pero eso no tiene nada de particular: lo ha sido a lo largo de toda su accidentada y tormentosa vida independiente.

En general, podría decirse que las condiciones son algo más prometedoras por la América Central. En Panamá hay mucha agitación contra los Estados Unidos, por ser la nación propietaria del Canal de Panamá, que no sólo es un negocio fabuloso del cual sólo resulta un rendimiento miserable para el país que atraviesa, y contra compañías norteamericanas, como una filial de la United Fruit Company, con importantes propiedades en las que se intenta aplicar una reforma agraria que la población campesina reclama con impaciencia.

En Nicaragua se han celebrado elecciones recientes, con el triunfo del candidato oficial, René Schik, y en Guatemala ha surgido el golpe de Estado en el momento más inoportuno para el presidente Kennedy, a poco de haber estrechado la mano del general Miguel Ydígoras Fuentes, que había ido a San José de Costa Rica a dos cosas: insistir mucho en la necesidad de que se adoptase, bajo dirección norteamericana, una acción decidida contra el régimen de Cuba y pedir apoyo para acabar con la presencia inglesa en la Honduras Británica, que es reivindicación tradicional guatemalteca. El golpe de Estado del coronel Peralta Azudia, que fué ministro de Defensa con Ydígoras Fuentes, no se ha debido a que la política que se seguía fuese más o menos antifidelista como al temor a que se llegasen a celebrar las elecciones anunciadas para el próximo noviembre con el Dr. Arévalo como uno de los candidatos. Arévalo había incluso entrado clandestinamente en el país, del que dijo ya no volvería a salir con vida. Pero la presencia

de Arévalo, izquierdista, antinorteamericano, autor de un libro—«El tiburón y las sardinas»—que ataca con rigor a los Estados Unidos y sus grandes intereses en Guatemala, era un factor inquietante. Su nombre estaba asociado con la desviación hacia la izquierda que llevó a Jacobo Arbenz a la Presidencia y después a la guerra civil, y más aún con la muerte, en 1949, del coronel Oswaldo Arana, entonces comandante en jefe del Ejército de Guatemala. Parecía poco probable que el país—o el Ejército por lo menos—se resignase a tolerar una situación como la que bien se podía prever. De momento ha quedado arreglada con el golpe de Estado, que tanto ha contrariado a Mr. Kennedy.

Liberalismo mejicano.

Estos países, junto con Honduras y Costa Rica, pero no Panamá, por ahora, han formado una especie de mercado común que está dando ya algunos resultados prácticos alentadores y es promesa de más para el futuro, especialmente de contar con una decidida ayuda norteamericana. Su modalidad más llamativa es la concentración de atenciones y esfuerzo en el desarrollo de ciertas actividades industriales en los países y lugares que mayores posibilidades ofrecen, con la esperanza de mayores perspectivas de éxito, y con ello mayores posibilidades para llegar a una integración económica que pudiera culminar en la realización de las aspiraciones y los sueños de unidad o federación de toda la América Central. Así se podría hacer un uso mayor y más eficaz de sus muchos recursos.

Finalmente, y antes de resumir brevemente la situación en Cuba, el Brasil y la Argentina, por ahora los tres países que, por unas razones o por otras, mayor interés tienen, parece necesario decir algo de Méjico. Muy poco, por supuesto, ya que las limitaciones de espacio no dan para más, especialmente en vista del alto grado de estabilidad política de que goza el país desde que, al principio de los años veinte, se puede decir que quedó cerrado definitivamente el período revolucionario que lo había mantenido en estado de agitación y desorden por espacio de diez años. Después de un largo período de extremada tirantéz en las relaciones con los Estados Unidos, y especialmente a partir del período presidencial de Miguel Alemán, empezaron a mejorar visiblemente, y con ello se produjo una entrada de capital norteamericano que contribuyó de manera eficaz al desarrollo económico que ha colocado a Méjico en la vanguardia del proceso de industrialización que está en evidencia por toda la América hispana.

De un grado de creciente estabilidad y bienestar económico, han salido condiciones favorables para la consolidación política de un régimen dominado enteramente por un solo partido, el Revolucionario Institucional o P. R. I. Sólo ahora empiezan a asomar algunas posibilidades de transformación, en un futuro quizá nada inmediato, en el que el régimen de partido único deje de ser característica esencial de la vida política mejicana. Se está en los comienzos de un ensayo en el cual, sin que el P. R. I. renuncie todavía a la posición absolutamente dominante que ocupa, otros partidos minoritarios que hasta ahora apenas han podido tener la menor representación en el Congreso—con una Cámara de Representantes y un Senado—, recibirán alguna representación en el caso de alcanzar un determinado porcentaje de votos, aunque sea insuficiente para elegir alguno de sus candidatos. Tanto por la derecha como por la izquierda, el régimen se va encontrando con una oposición con señales de ir en aumento, especialmente en la clase media y los sectores más profundamente religiosos, que sienten la necesidad de medios políticos de expresión en los que apunte alguna disconformidad con un sistema en el que no es posible, como necesariamente ha de suceder en toda estructura social, que todos encuentren satisfacción en la misma medida.

La oposición que ya se prevé apenas podría ser un motivo de la más seria inquietud para el régimen, pero ya se cree que servirá no sólo como una válvula de escape político que hiciese posible encontrar medios claros de expresión para el estado de ánimo de sectores aún francamente minoritarios, sino como un instrumento eficaz para el encauzamiento ordenado de algunas por lo menos de las aspiraciones e inquietudes que de una manera u otra suelen acabar adquiriendo resonancia nacional.

De los tres países que en estos momentos más llaman la atención, y es posible que la sigan llamando durante algún tiempo, el de menor actualidad es el Brasil. El hecho de que se hayan celebrado recientemente unas elecciones legislativas, y poco más tarde un plebiscito nacional, hace pensar en la posibilidad de que se cuente con unos pocos años—pocos, a lo sumo, los que nos separan de la campaña electoral del otoño de 1965—en los cuales se pueda hacer un intento por resolver algunos de los angustiosos problemas del momento.

Agitación y reforma.

Dos sobre todo apremian de una manera especial: la situación en que se encuentran una gran parte de la población de la región del Nordeste, el llamado cuadrilátero de la sed, donde las condiciones climatológicas se han visto estimuladas y acentuadas por un sistema de cultivos en larga escala que ha dado mucho impulso a un proceso de erosión en una región con notable escasez de agua. Los períodos frecuentes, y a menudo muy prolongados, de sequía, van extendiendo gradualmente el desierto, que con frecuencia empuja a la población campesina hacia las ciudades, en busca de alguna ocupación, y crea nuevas condiciones de intranquilidad y fermento favorables al desarrollo de la agitación política y social.

De ahí han salido las llamadas «Ligas campesinas», organizadas por un abogado joven y de buena posición social, Francisco Juliao, cuya finalidad en un principio consistía en crear asociaciones con el número de afiliados y los recursos mínimos indispensables para ejercer presión y prestar ayuda a los campesinos dispuestos a irrumpir en las grandes propiedades de la región y tomar así posesión directa de la tierra, sencillamente.

Janio Quadros, por un lado, y la Iglesia católica, por el otro, intentaron buscar remedio a una situación con una tendencia clara al crecimiento rápido. Por un lado estaba el movimiento de organización de cooperativas y campañas de ayuda—a veces con colaboración norteamericana—, creación de escuelas, hospitales, centros de asistencia, etc., de la Iglesia católica, y por otro, el plan que Quadros confió a un economista brillante, Celso Furtado, para la construcción de grandes sistemas de riego, reforma agraria y desarrollo industrial, con la esperanza de crear puestos de trabajo para la ocupación de una población que rebasaba ya con mucho las posibilidades agrícolas inmediatas de la región, así como la preparación también de programas de aprovechamiento de vastas regiones por el interior de un país inmenso, todavía poco o nada aprovechadas. Para todo esto se necesitaban dos cosas esenciales: amplios recursos y tiempo.

El tiempo era lo que más apremiaba, especialmente en los días en que el ejemplo del fidelismo había producido una gran impresión en las masas desheredadas, desocupadas y hambrientas, favorablemente predisuestas a escuchar a los agitadores y demagogos. Y Celso Furtado no contó ni con tiempo ni con los recursos indispensables. El tiempo se malgastó en querrelas y disensiones, hasta la sensacional—quizá se podría decir que hasta

escandalosa—dimisión del presidente Quadros, que dijo no poder resistir el acoso de «fuerzas misteriosas», y el dinero de que se podía disponer resultaba siempre demasiado poco, no ya para el desarrollo de necesarios programas de reforma, sino para el apuntalamiento, día a día, de un sistema en el que un índice de desarrollo económico que aumentaba a razón de un 6 por 100 anual—que se considera francamente bueno—no conseguía, en el mejor de los casos, más que alejar un poco el momento en que todo acabase derrumbándose, abrumado por un proceso inflacionario que con frecuencia pasaba del 20 por 100 anual, y en los últimos dos años ha sido de un 50 por 100 cada año, por lo menos.

Grandes ayudas y créditos, del Fondo Monetario Internacional, de los Estados Unidos, sobre todo, apenas sirvieron para otra cosa que hacer imperceptiblemente más lento el proceso de depreciación del cruzeiro, que desde la dimisión de Quadros ha caído de unos 225 a cerca de 1.000 por dólar. La política inflacionaria empezó, en su forma actual, deliberadamente, por haberse llegado a la conclusión de que era la manera más fácil de convertir en realidad un sueño fantástico del doctor Kubitschek. Anhelaba poner en marcha el desarrollo de interior mediante el traslado de la capital, que actuaría en forma de estímulo irresistible. Con la puesta en circulación de más cruzeiros de año en año, se llegó, fundamentalmente, a la creación de una ciudad maravillosa, y a pesar de encontrarse todavía a medio hacer, aun cuando no deja de dar cierta sensación de fantasía, como el espejismo multicolor—con una fuerte tendencia hacia lo blanco—, que se destaca con fuerza deslumbrante sobre la monótona e inmensa uniformidad de un fondo verde en el que la exhuberancia tropical sustituye ampliamente el amarillo cegador del desierto.

Antinorteamericanismo creciente.

Una de las consecuencias de la inflación ha sido la tendencia, débil en un principio, impaciente más tarde, a la emigración de mucho capital y, por lo mismo, a la acentuación del mal que iba corroyendo el sistema monetario. El temor a la inestabilidad aumentó mucho con la negativa del Fondo Monetario Internacional a conceder la ayuda solicitada mientras no se adoptasen radicales medidas de reforma y saneamiento financiero, y se agravó cuando el Gobierno de los Estados Unidos condicionó su programa de ayuda al Brasil en gran escala a la aceptación de las condiciones recomendadas por el F. M. I.

Esto se convirtió en un de los factores más importantes de la agitación política, que, con características acusadamente nacionalistas, sólo podía ir dirigida, en definitiva, contra los Estados Unidos. Esta posición se vió reforzada por la insistencia norteamericana en que se modificase a fondo la política petrolífera, representada por el monopolio estatal Petrobrás (Petróleos Brasileños), y que tuvo finalmente manifestaciones tan llamativas como la fuerte oposición oficial norteamericana a medidas del tipo de la adoptada por el entonces gobernador de Río Grande do Sul, Leonel Brizola, hermano político del presidente Goulart, con la nacionalización de la Telefónica Nacional de Porto Alegre, filial de la International Telephone and Telegraph Company, de Nueva York, sin una «justa» compensación en dólares, y la mucha agitación contra la adopción de una ley que prohibía la exportación de divisas, en un solo año, y para el pago de dividendos a los accionistas extranjeros de empresas con inversiones en el Brasil, por encima del 10 por 100 del capital invertido.

Estas y otras medidas se consideraban confiscatorias, y la resistencia norteamericana apenas tuvo consecuencias más acusadas que el gran crecimiento que adquirió la propaganda y la agitación contra los Estados Unidos.

Durante unas pocas semanas, la situación de notoria tirantez en las relaciones entre los Estados Unidos y el Brasil, que fue la razón fundamental del aplazamiento por dos veces—la última, con carácter indefinido—de una proyectada visita del presidente Kennedy a Brasilia, y la visita apresurada, en cambio, de su hermano, el fiscal general (secretario de Justicia), Robert, con la aparente—y ostentosa—misión de «leerle la cartilla» y aconsejar al señor Goulart una actitud de moderación con miras a restablecer las buenas relaciones entre los dos países y estudiar friamente las posibilidades de un programa de ayuda eficaz, perdió actualidad e interés a causa de la espectacularidad con que se presentó a la opinión pública un hecho extraordinario, «la guerra de la langosta», entre el Brasil y Francia.

Agotadas casi del todo las posibilidades de las aguas frente a las costas del Africa occidental, de la Mauritania principalmente, para la pesca de la langosta, media docena de grandes embarcaciones pesqueras francesas, modernamente acondicionadas, se dirigieron a las proximidades de la costa del Nordeste brasileño, donde había una abundancia extraordinaria del codiciado crustáceo. Inmediatamente se advirtió la existencia de una seria amenaza para dos cosas: primero, la industria pesquera local, que con embarcaciones mucho más pequeñas y peor equipadas, no ofrecían competencia digna del nombre a las embarcaciones francesas.

Segundo, las desfavorables consecuencias previsibles para la industria langostera norteamericana, que absorbía toda la producción exportable de la industria pesquera brasileña y, es más, a precios generalmente muy favorables para los importadores.

Ante la decisión de las autoridades brasileñas de dar la debida protección a la industria pesquera nacional, se planteó un conflicto que rebasaba la tradicional cuestión de las aguas jurisdiccionales, puesto que no se trataba de las tres millas establecidas casi siempre por las grandes potencias marítimas o las nueve o doce reclamadas por otras potencias, entre ellas la Unión Soviética. La cuestión aquí iba mucho más allá, puesto que lo que estaba en disputa era el concepto entero de la llamada «plataforma continental»—la extensión de una zona marítima a lo largo de la costa, de mayor o menor anchura, donde el calado es generalmente pequeño—y la propiedad de los recursos que puede haber en o debajo de ella. En un acuerdo negociado en Ginebra, en 1958, pero no ratificado, se establece claramente que todo lo que está en o bajo esta plataforma es de la propiedad de la nación ribereña, especialmente el petróleo. Pero la gran dificultad ha sido lo que está «en», no lo que está bajo esa plataforma.

La langosta, ¿nada o se arrastra?

Se llegó a mostrar, por parte de Francia, la buena disposición; es más, a reconocer la propiedad brasileña de lo que está «en» esa plataforma siempre que no se trate de algo con gran libertad de movimiento, que lo mismo puede, en un momento dado, estar «en» que «fuera» de esa plataforma. Todo, en definitiva, pareció quedar resumido en una cuestión que hacía irresistible la tentación a pensar lo que sucedía en los agitados debates sofisticados de otros tiempos. El Brasil tenía, sin duda, derecho indiscutible a la propiedad de todo lo que estuviese fijo en esa plataforma o se moviese, arrastrándose o trepando—lo que llevaba asociada una idea de mucha lentitud—de un sitio para otro. Los moluscos caían de lleno dentro de esta categoría de lo que «anda» más bien que «nada». Pero las langostas, ¿nadan o se arrastran?

La decisión de Francia era que nadaban. La decisión del Brasil era que en toda esa zona marítima que se encontraba por encima de la «plataforma continental», los pesqueros franceses—o de otra nacionalidad—carecían de todo derecho que no hubiese sido objeto de negociación y concesión explícita por parte del Brasil. El Museo Natural de Londres decidió, por su pro-

pia cuenta, que las langostas que han adquirido pleno desarrollo, no nadan jamás, salvo en caso de peligro: nadan sólo cuando son pequeñas. Un intento hecho por conseguir una opinión decisiva del organismo negociador del convenio de Ginebra, no dio resultado, pero se recuerda que el intento norteamericano por presentar una enmienda en la que se considerase a la langosta como un crustáceo que nada, había sido rechazado.

El Gobierno de Francia, en vista de la actitud de aparente intransigencia del Gobierno brasileño, decidió mandar una embarcación de guerra, el *Tatu*, un barco de escolta de menos de 3.000 toneladas, para dar la debida protección a los pesqueros franceses. Pero ante las dimensiones de la ola de protesta e indignación brasileña, se acordó en seguida retirar este barco y sustituirlo por otro mucho más pequeño, y, finalmente, se dispuso—esto lo hicieron los propietarios de los pesqueros—la retirada total de las embarcaciones francesas de toda esa zona próxima a las costas brasileñas.

Se restablecieron la calma y las relaciones amistosas entre Francia y el Brasil, y el presidente Goulart volvió a encontrarse en condiciones de atender principalmente a las grandes y urgentes cuestiones que representan un peligro real y muy serio para la estabilidad política y social de una nación que por sus dimensiones geográficas es casi tan grande como los Estados Unidos—mayor que los Estados Unidos sin Alaska—y que cuenta ya con la tercera parte de la población de toda la América hispana. Y se volvió a pensar en los Estados Unidos, especialmente después de publicar el Departamento de Estado un informe de su embajador, en el que se habla de la presencia de comunistas o simpatizantes en puestos de alta responsabilidad, lo que parece explicar las extrañas relaciones entre el Brasil y los Estados Unidos.

En éstos y los próximos meses, por lo menos, más inquietante todavía parece ser la situación en la República Argentina.

Aquí se tropieza con problemas iguales o parecidos a los del Brasil, en particular en lo relativo a la inflación, que ha adquirido un crecimiento alarmante en los dos últimos años, y más aún en los pocos meses que han precedido al golpe de Estado que acabó precipitadamente con el mandato del presidente doctor Arturo Frondizi, así como a lo largo de los meses—un año ya—que han venido después. También aquí el valor del peso ha descendido de una manera alarmante, si bien no tanto como el cruceiro. Aun así, de algo más de 80 pesos por dólar cuando Frondizi fue destituido y llevado prisionero a la isla de Martín García—de la que fue trasladado recientemente a San Carlos de Bariloche, en la provincia de Río Negro, muy alejado

de la capital y quizá por ello de la preocupación diaria de los políticos que soñaban con verlo repuesto en el cargo—, su valor quedó reducido a casi la mitad.

El peronismo otra vez.

A no ser por la ayuda que la Argentina ha recibido y sigue recibiendo del F. M. I. y los Estados Unidos, relativamente pequeña—la última, de 50 millones de dólares, que se han aumentado a 100, pero con la condición de que la mitad sólo se aplicase después del próximo octubre, cuando se espera que haya tomado posesión el nuevo presidente, que deberá ser elegido el 23 de junio, en el caso de celebrarse las elecciones prometidas—, pero de mucha utilidad, la caída del peso en relación con el dólar sería mucho más acusada. La situación financiera es francamente mala. Para la liquidación de grandes atrasos en sueldos, pensiones, contratos y muchas otras cosas, ha sido necesario el recurso a la impresión de billetes por valor de miles de millones de pesos, y los atrasos continúan y tienden a ir en aumento. Las prometidas medidas de reforma y saneamiento no han dado los resultados apetecidos, y la Argentina se encuentra con un índice del costo de vida que sube sin cesar y con mucha rapidez; durante el año pasado, a razón de un 4 ó 5 por 100 mensual, con mucho paro y con un estado de general descontento que encuentra en los extremistas medios de expresión de relativa facilidad.

La crisis que se planteó en el momento en que un sector decisivo de las Fuerzas Armadas se negó a aceptar el resultado de las elecciones de marzo de 1962, en las que el peronismo alcanzó una votación que subió a casi la tercera parte del total, con el triunfo de muchos de sus candidatos a diputados y casi una docena de gobernadores, entre ellos el de la importante provincia de Buenos Aires, con capital en La Plata, ha empeorado desde entonces. El acuerdo del otoño pasado, que fijó definitivamente la fecha para la celebración de nuevas elecciones y estableció el sistema de representación proporcional, con miras precisamente a evitar que se pudiese producir un triunfo peronista o de la alianza de peronistas y radicales de la tendencia del doctor Frondizi, como había sucedido en otras ocasiones, no encontró aprobación general. Continuó la agitación, especialmente entre dos sectores, en apariencia irreconciliables: el de los «legalistas», o partidarios decididos de un régimen constitucional y democrático, con todas las consecuencias, incluso el triunfo del peronismo en las urnas, y el de los llamados «gorilas»,

los más enconadamente opuestos no sólo al retorno del ex presidente Perón y su sistema de gobierno, sino incluso del peronismo bajo cualquier forma que asumiese o con cualquier clase de protección y amparo que pudiese encontrar. No estaba dispuesto a aceptarlo ni siquiera como un partido nuevo, el de Unión Popular. Quería la condena del peronismo, rotunda, definitiva, y la exclusión permanente de los peronistas de la vida política.

Desde la caída del general Perón, en 1955, en la Argentina se han producido alrededor de tres docenas de golpes de Estado o intentos de golpe de Estado abortados en su incipiencia. Algunos de ellos han sido de considerable gravedad, con choques violentos, muertos y heridos; uno, por lo menos, tuvo la importancia suficiente para poner fin al mandato presidencial del doctor Frondizi. Pero hasta ahora no se ha producido un encuentro realmente decisivo. Incluso la caída del doctor Frondizi no resolvió nada fundamental, puesto que ni «legalistas» ni «gorilas» han conseguido afirmar sus respectivas posiciones en forma definitiva, ni mucho menos imponer la aceptación total de su programa.

La situación es más grave, porque la división del país a causa del peronismo afecta a todas las manifestaciones vitales de la vida argentina. Están divididos los sindicatos, aun cuando la mayoría es peronista; está profundamente dividido el ejército y la división política ha llegado a tanto que hay indicios evidentes de que se pudiese producir una nueva división en un sector del Partido Unión Cívica Radical, durante largo tiempo el más importante de la nación, la que ha seguido al doctor Frondizi bajo el título de Unión Cívica Radical Intransigente o U. C. R. I. Desde la destitución de Frondizi, un sector se ha venido inclinando en favor de una política moderada que reconociese la existencia de unos hechos que son ya una realidad en la vida nacional, mientras que otros sectores se han mantenido resueltamente decididos a dar todo su apoyo al caído presidente.

Con las elecciones ya cerca, la situación no acaba de despejarse, a pesar del acuerdo de la gran mayoría de los partidos—o quizá precisamente por ello—de presentar un frente común en favor de las elecciones y el reconocimiento de sus resultados. Esto quiere decir que se trata de aceptar la incorporación del peronismo—o justicialismo—a la vida política legal de la nación, con todas sus consecuencias, lo que ha tenido ya sanción judicial. Se rechaza, por lo tanto, la posibilidad misma de una solución como aquella a la que aludió el doctor Raúl Matera, en ausencia del general Perón, el jefe principal del justicialismo, el pedir que no se obligase a un sector vital de la población argentina a marchar por el camino que lleva a las «cata-

cumbas» de una vida de clandestinidad y agitación y, en definitiva, a la revolución. Pero sigue siendo muy fuerte y muy decidida, además, la parte de la opinión argentina que se muestra resueltamente decidida a no tolerar la incorporación del peronismo a la vida oficial de la nación, ni abierta ni encubiertamente.

Ante una situación así, pudiera no ser nada fácil el cumplimiento de la promesa hecha por el Gobierno de que las elecciones se habrán de celebrar en la fecha prometida, el 23 de junio, especialmente después de la sublevación militar de los primeros días de abril. Varias unidades militares, especialmente de la Marina y parte de la Aviación, se pusieron a las órdenes de los generales Federico Toranzo Montero y Benjamín Menéndez y el almirante y ex vicepresidente Isaac Rojas, entre otros, con la esperanza de cortar radicalmente el proceso que tendía hacia el reconocimiento de la personalidad política del peronismo bajo el nombre de Partido de Unión Popular. La sublevación no triunfó, pero tuvo efectos profundamente dislocadores y también algunas bajas—se habla de medio centenar de muertos—en los choques registrados en algunas partes de la nación. Los jefes de la sublevación huyeron o fueron detenidos, pero algunas de las razones fundamentales que les movieron a tomar una actitud tan radical pasaron a convertirse en programa oficial para el futuro inmediato. Una proclama del general Onganía, comandante en jefe del Ejército, dejaba bien sentada la decisión de no permitir la legalización política del peronismo ni aceptar solución alguna que hiciese posibles formas de gobierno totalitaristas en la Argentina, con lo que se pretendía colocar en un mismo nivel a peronistas y comunistas. Esto a pesar de la reciente declaración del ex presidente Perón, que acusaba al comunismo internacional como una de las fuerzas que más activamente trabajaban contra él y sus partidarios. Lo menos que se podría decir de la situación política—y económica—de la Argentina es que la confusión y la incertidumbre persisten.

Cuba, ¿es un peligro para los Estados Unidos?

Cuba es lo que ha hecho, lo que sigue haciendo, sin duda, que Hispanoamérica sea, según palabras del presidente Kennedy, la región más crítica del mundo. La situación que existe en Cuba, donde continúa la «presencia» soviética, que hace difícil, quizá imposible, la repetición de un ensayo de desembarco como el de abril de 1961, y que pudiera dar lugar a incidentes y dificultades capaces de desembocar en otra crisis como la de fines de octubre del año pasado, se va haciendo intolerable. Por razones de política

interna norteamericana, muchas veces, a causa del daño que el fidelismo representa para inversiones norteamericanas que se calculaban en más de los 1.000 millones de dólares, por las presiones y tensiones que resultan de la presencia en los Estados Unidos de más de 200.000 refugiados cubanos, por la afrenta intolerable que significa para una gran potencia sentirse a diario atacada, insultada y en algunas ocasiones hasta agredida por el régimen de una pequeña nación vecina, a la que se había dado normalmente un trato especial, el trato que se concede a menudo a un protectorado y, más de una vez, a una colonia.

«Nosotros no aceptaremos—declaró en una ocasión reciente el secretario de Defensa norteamericano, Robert S. McNamara—operaciones de combate por parte del personal militar soviético en este continente»; es decir, el americano.

Es lo que dijo, con palabras parecidas, el propio presidente Kennedy y es lo que recalcó el secretario de Estado, Dean Rusk, al hablar de una «situación muy peligrosa» en Cuba, donde posiblemente llegase a darse una intervención de las tropas soviéticas para sofocar una sublevación interna.

«El objetivo de este hemisferio—declaró Mr. Rusk—debe ser y es el retorno al hemisferio de una Cuba libre.» Pero lo que a veces parece relativamente fácil, después de todo ¿no es casi infinito el poder de los Estados Unidos?, se complica extraordinariamente en el momento en que se piensa nada más en la presencia de soldados soviéticos en Cuba. Y esa presencia está predestinada, por ahora, a persistir. Se han retirado unos miles, pero ya se insinúa la permanencia continuada de unos 10.000 rusos que no son sólo soldados, que son «especialistas» de muchas clases, en el manejo del radar, las armas nuevas, los aviones, la construcción de fábricas y docenas de actividades más que la fuerza de las circunstancias ha hecho que pasasen al control soviético. El propio Krushev ha insinuado que los norteamericanos tienen que darse cuenta de que no es posible la retirada, así como así, de todo el personal soviético. Es más, hay indicios de que si bien ha habido ya alguna retirada, quizá hasta de consideración, es del todo probable que hayan continuado llegando otros técnicos y especialistas de distintas clases.

Pero por muchos rusos que haya en Cuba, ¿se puede pensar en una amenaza militar soviética a los Estados Unidos? Un crítico militar norteamericano de mucho prestigio, Hanson Balwin, dice en *The New York Times*:

«Las tropas soviéticas son ahora descritas como una pequeña «fuerza expedicionaria», demasiado pequeña para amenazar a los Estados Unidos, pero lo suficientemente grande para que cualquier invasión de Cuba resul-

tase costosa, grande, bastante para asegurar el continuado dominio del Gobierno comunista de Fidel Castro y bastante grande para hacer de Cuba una base relativamente segura para la diseminación de la propaganda y la subversión en el hemisferio occidental.»

Mr. Rusk había dicho que «los Estados Unidos no podrán en caso alguno aceptar o tolerar la reintroducción de armas ofensivas en Cuba. Si eso se produjese, la crisis de octubre último parecería algo relativamente insignificante».

Pero, ¿haría falta, cualesquiera que fuesen las circunstancias, llevar de nuevo armas ofensivas a Cuba? Las que se llevaron han llenado ya su cometido, que no podía ser otro que la intimidación, y eso es una experiencia que corresponde por entero al pasado. Las únicas armas que ahora pueden interesar en Cuba son las que Fidel Castro—y quienes le ayudan y sostienen—pudiera necesitar para hacer frente a un intento de desembarco o una insurrección por el interior. Y para eso probablemente le baste con lo que ya tiene, que, según el citado crítico militar norteamericano, consiste, entre otras cosas, en más del centenar de aviones soviéticos, entre los que se encuentran más de 40 tipo «Mig-21», muy modernos, supersónicos; 200 estaciones de radar; 24 emplazamientos de proyectiles antiaéreos, con 500 proyectiles; 12 lanchas torpederas con proyectiles; cuatro emplazamientos de proyectiles para la defensa costera, y tanques, artillería de campo, lanzacohetes y grandes cantidades de armamento y equipo moderno de muchas clases.

Huir o sublevarse.

Cuba depende, para todo ya, de la Unión Soviética. Y esta situación de dependencia está llamada a acentuarse en los años próximos. Se habla de grandes operaciones de crédito, de cientos de millones de dólares, para la atención de unas necesidades que van en aumento, en cualquier caso en relación con los recursos disponibles. Este año la cosecha de azúcar se presenta muy mala, de dimensiones miserables, las más reducidas desde hace muchos años. El campo se resiste en Cuba, como en todos los países de régimen comunista, a dar lo que se le pide. Esto se debe a grandes dislocaciones, inevitables cuando se quiere pasar del régimen de propiedad privada al de la propiedad colectiva; a las pérdidas resultantes, para el presente y el futuro, del sacrificio del ganado en gran escala, del estado de abandono de

los cultivos, de la escasez de simiente, del desgaste de los aperos y maquinaria, de la falta de estímulo y de otras cosas.

Ha sufrido un descenso pronunciado la cosecha de azúcar, base de la economía cubana desde tiempo inmemorial, y esto se produce precisamente en los momentos en que el precio en el mercado internacional ha llegado a encontrarse al nivel o por encima del mercado norteamericano, amparado por un sistema de protección que mantenía allí el precio desde hacía años mucho más alto, a veces el doble o más de la cotización en Londres y otros puntos. Pero Cuba no tiene azúcar para sacar buen rendimiento a unas circunstancias muy favorables. Apenas si producirá este año lo que necesita para cubrir los compromisos contraídos con los países comunistas, en la Unión Soviética y China, sobre todo. La consecuencia de ello es que en la Unión Soviética se estudian procedimientos que permitan continuar los envíos a Cuba en gran escala de muchas cosas, empezando por el petróleo y terminando en las conservas de pescado, carne y leche.

La situación es sombría, ha dicho el secretario de Estado norteamericano: hace poco. A un riguroso racionamiento de víveres en las ciudades, ha seguido el racionamiento de las telas, el calzado y una gran variedad de cosas que antes se consumían en tal abundancia que Cuba era uno de los mejores mercados del mundo para la industria norteamericana y uno de los países de más alto nivel de vida de todo el continente americano. Sólo con un ambiente así se puede comprender esa corriente emigratoria que sólo ha perdido impulso en el momento en que Cuba se ha quedado aislada casi del todo del resto del mundo que no es comunista. Y los que se han ido y todavía quieren irse de Cuba, no se sienten especialmente atraídos por los países que empezaron antes que Cuba a saber lo que es el comunismo. Pero continúan marchándose todos los que pueden, aprovechando un avión o un barco que, como los que se han dedicado a llevar medicamentos de los que figuraron en la operación de rescate de los prisioneros de Playa Girón, hubiese realizado algún viaje a La Habana. Se va la gente dejando atrás todo lo que tiene: tierras, casas, ropas, todo, en fin, lo que ha sido acumulado a lo largo de la vida y que ha servido, por ello, para darle algún sentido. Pero ese sentido se ha perdido en Cuba y la gente quiere irse, sencillamente.

O sublevarse. Otra vez vuelve el estado de agitación que se hizo general en los días que precedieron al desembarco de Playa Girón y que no se supo aprovechar. Pero es difícil que aquello se repita. O que se repita en circunstancias parecidas. El fidelismo ha aprendido mucho y se ha endure-

ocido tremendamente. El menor asomo de descontento, por no decir nada de organización y actividad clandestina, es objeto de un trato riguroso. En circunstancias así, no es nada fácil el desarrollo de una actividad que para tener alguna eficacia necesita organización y planes y mucha ayuda.

Cuba, el Berlín americano.

Una acción insurreccional no sería posible, por ahora, sin una ayuda del exterior que acabase dándole, en realidad, las dimensiones de una invasión. Y la invasión, acaso, no sea posible, por ahora. No mientras continúe el diálogo—o el intercambio de comunicaciones—entre Kruschew y Kennedy. Y mientras Cuba mantenga un poco las características del Berlín americano. Los rusos tienen que transigir con la situación en el Berlín occidental, que fué motivo de una especie de ultimátum hace ya casi cuatro años y medio, y los norteamericanos tienen que apurar el trago amargo que para ellos supone esa presencia soviética en una Cuba dominada por Fidel Castro y sus fidelistas.

La única posibilidad de resolver la situación en un futuro próximo sería un decidido apoyo hispanoamericano a los Estados Unidos, lo suficiente para que la solución fuese o pareciese ser netamente hispanoamericana. Pero en la conferencia de Punta del Este, primero y la conferencia de presidentes de las repúblicas centroamericanas, con Mr. Kennedy, en la segunda mitad del pasado marzo, se ha visto que eso no es todavía posible. Ni siquiera cuando en los Estados Unidos se insiste tanto en el peligro que representa la llegada constante a Cuba de cientos de hispanoamericanos: Mr. McCone, director de la C. I. A. (Central Intelligence Agency), la vasta organización de espionaje y contraespionaje de los Estados Unidos, asegura que no bajan de 1.500 anuales los hombres que acuden a Cuba a recibir instrucción especial en el sabotaje, el atentado, la acción guerrillera y la lucha, en fin, contra los respectivos Gobiernos.

Es una situación muy molesta, sin duda. A principios de marzo de este año, el propio presidente Kennedy, al hablar de ella en una conferencia de prensa, dijo que la adopción de medidas enérgicas que cortasen ese movimiento de personas que van a Cuba a recibir una formación revolucionaria y terrorista, «quizá fuese una de las cosas más importantes que podamos hacer este invierno». Pero el invierno estaba terminado ya, hasta el punto que la conferencia de San José se celebró en los tres últimos días que le quedaban. Y con la entrada de la primavera quizá las cosas empezasen a verse

de otra manera. Por lo menos por esos países que se resisten a seguir los consejos de los Estados Unidos.

En realidad, ¿no es mucho lo que de ellos se pide? Después de todo, el problema de Cuba tiene una significación distinta cuando se le contempla desde el lado hispanoamericano, a la que ha hecho decir al senador Goldwater que si el fin del fidelismo en Cuba significa la guerra, pues que venga la guerra. Actitudes de esta naturaleza complican mucho la situación para los que de muy buena gana harían algo por encontrarle una salida, siempre que no tuviesen para ello que exponerse a muchas dificultades y quizá incluso a serios peligros.

Tal vez sea un punto de vista que el presidente Kennedy pudiese comprender, sobre todo si se piensa en los esfuerzos que ha venido haciendo por resistir a las muchas y duras presiones a que se ha visto sometido para forzarle a tomar decisiones como la imposición de un bloqueo total que no permitiese a Cuba recibir más petróleo y otras mercancías indispensables. Mr. Kennedy se negó a ello porque eso sería, dijo, «un acto de guerra», y «en estos momentos no creemos que la guerra en el Caribe fuese una ventaja nacional».

Si eso no se hizo en octubre, mal podría hacerse ahora. Y menos todavía después de una comunicación cubana a las Naciones Unidas en la que se acusaba a los Estados Unidos de preparar un ataque contra Cuba que acabaría por envolver al mundo en una guerra termonuclear, quizá por pensar en lo que había prometido poco antes el ministro de Defensa soviético, al asegurar que una agresión norteamericana contra su aliado antillano, pondría en movimiento las armas nucleares de la U. R. S. S. «La humanidad se ve envuelta de nuevo en una atmósfera de amenazas y tensiones que podría conducir a la guerra termonuclear», decía la larga—4.000 palabras—comunicación del ministro de Asuntos Exteriores cubano, Raúl Roa, al secretario general de las Naciones Unidas, U Thant.

Pero, ¿no se podría encontrar una fórmula de avenencia que hiciese innecesaria, quizá imposible, la presencia soviética en Cuba? La ocasión podía haber empezado con esa nota. No se ha podido salir todavía, sin embargo, del círculo vicioso que supone el girar siempre en torno de esa presencia soviética. «Nosotros lo hemos dicho en muchas ocasiones—declaró el presidente Kennedy—que consideramos la actual presencia soviéticas en Cuba como inaceptable para nosotros, y consideramos que la comunistización de Cuba y la tentativa de subversión en este hemisferio no son temas de negociación.»

JAIME MENENDEZ.